

CAPITULO VII.

¡ Es esta cita de amor!
Ella llora, él se amohina,
Y ambos tienen en el suelo
Como trapense la vista.
Si por lo comun tan dulces
Son de amor las penas mismas,
No es posible que esto sea
De amores quejas, ó riña.

Comedia antigua.

Al acercarse Julian al monumento de Goddard-Crovan, miró inquieto mas de una vez hácia adelante, para ver si algun objeto de la parte de allá de la roca le indicaba que venia el último á la cita. Bien pronto un manto agitado con el aire, y el movimiento que hacia

quien le traía puesto para sujetarle al cuerpo, le dieron á conocer habia ya venido Adelaida. Se apeó en un instante de Fairy, á quien dejó con la brida en el arzon, libre para errar por los campos, y un momento despues estuvo Julian al lado de Adelaida Bridgenorth.

Dió esta la mano á su amante, que iba corriendo á ella, saltando con la velocidad de un galgo los obstáculos que le presentaba un sendero escabroso; tomola Julian, y se la besó repetidas veces. Por uno ó dos instantes no se opuso la bella Adelaida viendo este atrevimiento, y la mano que habria debido defender la otra, no sirvió mas que para ocultar lo sonrosado de sus mejillas. Pero Adelaida, aunque muy joven y decidida en favor de Julian por una larga intimidad, sabia perfectamente reprimir la fuerza de un afecto en que no debia confiar.

— Eso no parece bien, dijo ella desasiendo la mano de la de su amante; eso no parece bien, Julian. Si he cometido una imprudencia citándole para este sitio, no debe ym. dármele á entender.

Habiase abrasado el corazon de Julian muy temprano con aquel fuego que priva al amor de todo egoismo, y que le levanta hasta un grado de generosidad sublime, por cuyo medio llega á ser un afecto desinteresado. No hizo resistencia alguna cuando retiró Adelaida la mano, y se la dejó con el mismo respeto que á una señora de un rango, superior con mucho al suyo. Adelaida se sentó en un pedazo de roca, cubierto por la naturaleza con una alfombra de musgo, de liquen y flores silvestres, sirviéndole de respaldo una enramada de tallar. Julian se puso cerca de ella, pero á bastante distancia, para indicar que no habia venido sino por orden suya, y solo por oirla y obedecerla. Adelaida recobró su firmeza, advirtiéndole el poder que tenia en su amante, y el dominio que Peveril tenia sobre si mismo; lo que muchas jóvenes, en la situacion de Adelaida, hubieran mirado como incompatible con una pasion ardiente, le pareció á ella una prueba de respetuosa sinceridad y de un amor desinteresado. Tomó pues, al hablarle, aquel tono de confianza, propio mas bien de

los sentimientos de su antigua y primera amistad, que de las escenas pasadas entre ellos, desde que Peveril le habia declarado su ternura, y por lo mismo puesto reserva á su intimidad.

— Julian, le dijo ella, la visita que me hizo vm. ayer, y tan fuera del caso, me ha dado mucha pesadumbre. Ha extraviado á mi padre; le ha puesto á vm. en peligro. He resuelto arrostrar todos los riesgos por hacérselo saber; no me culpe vm. de haber obrado con imprudencia pidiéndole á vm. esta entrevista solitaria, porque sabe muy bien cuan poco se puede fiar de la pobre Debora.

— ¿Puede vm. temer que interprete yo mal alguna de sus acciones, Adelaida, respondió Julian con vehemencia, yo á quien ha concedido un favor de tal estima, ¿yo que le debo tantas obligaciones?

— Nada de protestas, Julian; no sirven sino para hacerme conocer la imprudencia con que me he conducido en esto. Pero yo he tenido la mejor intencion. No podia resolverme á ver á vm. conociéndole tanto tiempo ha, habiéndole

oído decir que me mira de un modo favorable..

— ¡De un modo favorable, exclamó Peveril interrumpiéndola; ¡Ah! Adelaida, qué expression tan fria é insignificante para pintar la ternura mas cándida y afectuosa!

— No disputemos por las palabras, dijo Adelaida en tono melancólico; pero no me interrumpa vm. otra vez. No podia ver á vm., decia, vm. que ha concebido por mí un afecto sincero, pero inútil y sin esperanza, caer como un ciego en un lazo, y dejarse engañar y seducir en razon de sus sentimientos por mí.

— No entiendo lo que vm. me dice, Adelaida, y no veo á que peligro estoy ahora expuesto. Los sentimientos manifestados por su padre de vm. no pueden conciliarse con proyectos hostiles. Si no se da por ofendido de los deseos osados que puedo haber concebido, y toda su conducta prueba lo contrario, no conozco un hombre sobre la tierra de quien yo tenga menos porque temer como enemigo.

— Mi padre quiere el bien de su pais y el de vm., Julian. Sin embargo algunas veces recelo que haga él mismo á la buena causa mas

daño que provecho; y aun temo mas, que deseando hacerle á vm. su auxiliar en sus proyectos, no se olvide de los lazos que deben unir á vm., que le conducirán, y no lo dudo, á una conducta diferente de la suya.

— Me cerca vm. mas y mas de tinieblas, Adelaida; sé muy bien que las ideas políticas de su padre de vm. son muy diferentes de las del mio; pero aun durante las escenas sangrientas de la guerra civil, cuantos ejemplos hemos visto de hombres virtuosos y respetables poner á un lado las preocupaciones y afectos de partido, y respetarse unos á otros con sinceridad, tenerse un verdadero afecto, sin abandonar sus principios.

— Eso puede ser, pero no son de esta clase los lazos que mi padre desea formar con vm. Es á otro punto muy distinto, donde trata conducirlo y para donde intenta que su desgraciado afecto por suhija le decida á vm. á caminar.

— ¿Y qué puedo yo negarle, con la perspectiva que me pone á la vista?

— La traicion y la deshonra, todo lo que le haria á vm. indigno del objeto que tanto aprecia,

aunque fuera ese precio cien veces mas bajo de lo que vm. le supone.

— ¡Qué! exclamó Peveril dejándose llevar involuntariamente de la impresion que Adelaida trataba de hacerle, su padre de vm., cuyas ideas del deber son tan rigidas, ¿podria intentar arrastrarme á una empresa que mereciese ni sombra de reprension, de traicion y deshonor?

— No se equivoque vm. en el sentido de mis palabras, Julian, mi padre es incapaz de pedirle la menor cosa si no la mira como justa y honrosa. El piensa que no le pide á vm. mas que el pago de una deuda de su cargo, como criatura á su Criador, como hombre á sus semejantes.

— Si no pide mas de mí, Adelaida, ¿cual puede ser el peligro de nuestra correspondencia? ¿Si estamos resueltos, él á no pedirme, y yo á no concederle sino lo que nuestra conviccion nos presenta como justo, qué tengo que temer, y cómo mi conexion con su padre de vm. puede venirme á ser peligrosa? Creame, sus discursos me han hecho ya impresion con respecto á cier-

tos particulares, y él ha escuchado pacífico y tranquilo los reparos que de tiempo en tiempo le tengo hechos. No hace vm. justicia al mayor Bridgenorth, confundiéndole con aquellos espíritus exaltados que sobre política y religion, no gustan de oír nada que no se acuerde con sus preocupaciones.

—Vm. es quien se equivoca, Julian, en cuanto al modo de pensar de mi padre, sus proyectos con respecto á vm., y sobre sus medios de resistencia. Yo no soy mas que una muchacha, pero las circunstancias me han enseñado á pensar por mí misma, y á reflexionar sobre el genio de las personas que trato. Mi padre está tan adherido á sus opiniones políticas y religiosas como á su propia existencia, y se adhiere á esta solo por consagrarla en favor de aquellas. Estas opiniones han sido siempre las mismas en él con muy poca diferencia. Hubo un tiempo en que ellas le proporcionaron un estado de prosperidad, y cuando ya no se conformaron con el espíritu del siglo, padeció por haberlas conservado. Ellas forman una parte, y la parte mas estimada de su existencia. Si no

se las muestra desde luego con todo el vigor que han adquirido en su entendimiento, no piense vm. que por eso tengan menos ascendiente sobre él. Quien trata de hacer prosélitos debe caminar paso á paso. Pero es cosa imposible que sacrifique á un joven sin experiencia, movido por motivo digno solo del nombre de pasión pueril, alguna parte de sus principios, conservados por él cual tesoro de inestimable precio, y por los que se le ha reputado sucesivamente virtuoso y vicioso. No crea vm. en sueños tales. Si vuelve vm. á ver á mi padre tiene que hacerse de cera y él debe ser el sello, ha de hacer sobre vm. impresion la mas profunda, y vm. la debe recibir.

— Eso no seria justo, dijo Peveril. Sin embargo confesaré á vm., Adelaida, que no sigo ciegamente las opiniones de mi padre, por grande que sea mi respeto á su persona. Quisiera yo que nuestros caballeros, ó como quieran llamarse, tuvieran un poco mas caridad con los que no adoptan sus principios religiosos y políticos; pero esperar que yo abandone aquellos en que se me ha educado, seria reputarme

capaz de olvidar á mi bienhechora y de afligir el corazon de mis padres.

— Este mismo juicio tenia yo formado de vm. y por lo mismo le he pedido esta entrevista, para suplicarle deje toda relacion con mi familia, que vuelva al seno de la suya, ó lo que aun seria mejor, pasara otra vez al continente, y esperase allí que Dios envíe días mas felices á la Inglaterra, porque veo cargado el horizonte de nubes que anuncian tempestades horribles.

— ¿Y es vm. capaz de ordenarme partir? dijo el joven tomándole la mano, que no cuidó de retirar; ¿puede vm. mandarme partir, y tomar algun interés en mi destino? ¿Puede ordenarme, temerosa de los peligros á que debo hacer frente como hombre, como noble, como vasallo leal, que abandone cobarde á mis padres, amigos y patria, que no cuide precaver los males en lugar de concurrir á este fin, que pierda la esperanza del poco bien que hacer pueda en favor de mi país, que descienda de un rango respetable para venir á ser un fugitivo, y un vil esclavo de los acontecimientos?

¿Puede vm. decirme que haga todo esto, y que renuncie al mismo tiempo para siempre de vm. asi como de la dicha? Eso es imposible. No podría yo hacer al mismo tiempo traicion al honor y al amor.

— No hay remedio, dijo Adelaida; pero no le fué posible contener un suspiro al pronunciar estas palabras; no hay remedio, no le hay. Es inútil pensar en lo que hubiéramos sido el uno para el otro, si las circunstancias fuesen mas favorables, pues que en las presentes, cuando estamos en vísperas de declararse la guerra entre nuestros padres y amigos, no podemos mas que desearnos felicidad mutua, con mucha frialdad, muy de lejos, y separarnos ahora mismo, en este sitio y para nunca volvernos á ver.

— ¡No, por Dios! exclamó Peveril, animado por sus propios sentimientos, y mas que todo por la conmocion que sentia su bella compañera, aunque procuraba disimularla; no, ¡por Dios! no nos separaremos, Adelaida, no nos separaremos. Si debo yo ausentarme de mi país nativo, vm. debe ser mi compañera en el des-

tierra. ¿Qué va vm. á perder? ¿Qué deja? ¿á su padre? La buena y vieja causa, como dice, tiene para él mas atractivos que mil hijas, y qué lazo, no siendo el de su padre, puede unir á mi Adelaida con esta tierra esteril, con alguna parte de los dominios británicos, si no está Julian á su lado?

— ¡O Julian! respondió la joven, ¿para qué hacerme mas difíciles mis deberes con proyectos fantásticos, con discursos á que yo no debia dar oídos, ni vm. pronunciar? sus padres de vm.... el mio.... vaya es imposible.

— No hay cuidado con respecto á mis padres, Adelaida, dijo Julian acercándose á ella, y aventurándose á tomarla por la cintura; ellos me quieren, y bien pronto aprenderán á querer á Adelaida, único ser en la tierra que puede hacer feliz á su hijo. Pero su padre de vm., tan luego como sus intrigas religiosas y políticas le permitan pensar en vm., ¿no juzgará que su dicha, su seguridad está mas al resguardo de los sucesos, siendo mi esposa, que confiada á los cuidados asalariados de una muger loca, tanto como ignorante? ¿Puede su or-

gullo desearle un establecimiento mejor? ¿No bastará para saciar su ambicion lo que yo debo poseer algun dia? Venga vm., pues, Adelaida, y puesto que me condena á destierro, que me prohíbe tomar parte en los movimientos que parece deben agitar la Inglaterra, venga vm., porque vm. sola, si, vm. sola puede hacerme conformar con el destierro y la inaccion, y hacer feliz al que por vm. se halla dispuesto á desprenderse del honor.

— Eso no puede ser, no puede ser, dijo Adelaida, y le temblaba la voz al pronunciar esta negativa. Y con todo, añadió ella, cuantas muchachas en caso igual, viéndose solas y sin protector... Pero, no, Julian, no, yo no debo hacer tal, no debo ni por vm., ni por mi.

— No diga que vm. no lo debe por mí, Adelaida, exclamó Julian con vehemencia, porque esto seria añadir un insulto á la crueldad. Si quiere hacer algo por mí, me dirá vm. que sí, ó si teme pronunciar esta palabra, incline vm. esa cabeza encantadora sobre mi seno. La menor señal, la mas leve mirada bastará para indicarme su consentimiento. Todo quedará dis-

puesto en una hora, en la siguiente nos unirá la mano del sacerdote, y antes de pasarse la tercera, veremos como se aleja de nosotros esta isla, y estaremos en camino para el continente.

Mas en tanto que de este modo hablaba, lisonjeándose de obtener el consentimiento solicitado con tantas instancias, habia logrado armarse Adelaida con la mayor resolucion, conmovida al principio por el ardor de su amante, el impulso de su propia ternura, y por lo singular de su situación, que parecia justificar en ella lo que seria culpable en cualquier otra.

El resultado de una corta deliberacion fué por tanto fatal para los proyectos de Julian. Separó de su talle el brazo que le rodeaba, se levantó y resistiendo á las tentativas de acercarse á ella ó detenerla, dijo con cierta sencillez que no carecia de dignidad:

— Julian, sabia yo muy bien que corria grandes riesgos en citarle á vm. á este sitio, pero no pensaba ser tan cruel para con vm. y conmigo, que le hubiese dejado descubrir, como lo ha visto

con demasiada claridad, que le amo yo mas á vm. que vm. á mí. Y pues lo sabe, le probaré que el amor de Adelaida es desinteresado. No introducirá ella en la antigua familia de vm. un nombre deshonorado. Si con el tiempo se halla en su casa un individuo que tenga por exorbitantes las pretensiones de la gerarquía eclesiástica, y los poderes de la corona demasiado extensos, no se dirá que ha tomado estas ideas de la raza de su abuela Adelaida, de la hija de un whig.

— ¿Puede vm. hablar de ese modo, Adelaida, exclamó su amante; ¿es vm. capaz de semejantes expresiones? ¿No conoce con evidencia por ellas mismas que su orgullo, y no el amor que me tiene, la conduce á despreciar nuestra mutua felicidad?

— No hay nada de eso, Julian, no hay nada de eso, respondió Adelaida rasados los ojos de agua. Es la voz del deber que habla con cada uno de nosotros, y que no podemos dejar de oír sin arriesgar nuestra dicha en este mundo y en el otro. Considere cuanto sufriria yo siendo la causa de todos estos males, si viera

que su padre ponía mal semblante, su madre lloraba, los nobles amigos suyos se alejaban de su trato, y que vm. mismo hacia la terrible descubierta de haber incurrido en su desprecio y enojo por satisfacer una pasión juvenil, al tiempo mismo que los febles atractivos que le habian extraviado del camino recto, desaparecerian poco á poco con el peso de las pesadumbres y pesares. Yo no puedo arriesgarme á tanto. Veo con toda claridad nos conviene mucho más que rompamos de una vez y nos separemos, y doy gracias á Dios por haberme dado á conocer su locura y la mía, así como tambien por haberme dado la fuerza necesaria para resistirlas. A Dios pues, Julian; pero reciba vm. este aviso importante; pues solo por dárselo le hice venir aquí: huya de mi padre; vm. no puede ir por el mismo sendero que lleva él, y mantenerse fiel á la gratitud y al honor. Lo que él hace por motivos puros y honrados, no podría hacerlo vm. sino cediendo al impulso de una pasión loca é interesada, tanto como contraria á los deberes que vm. contrajo al nacer.

— Vuelvo á decir, Adelaida, que no lo entiendo. Si una acción es buena en sí misma, no se deben buscar los motivos que movieron al que la hizo, y si mala fuere los motivos nunca podrán justificarla.

— Si su pasión no puede triunfar de mi razón, Julian, sus sofismas no podrán tampoco cegarme. Si tenía el patriarca destinado su hijo á la muerte por otro motivo que la fe y la obediencia humilde á un mandato divino, hubiera meditado un asesinato, no un sacrificio. En nuestras últimas guerras tan sangrientas como deplorables, ¿cuántos hombres han desenvainado la espada en favor de ambos partidos por motivos puros y honrados? ¿Pero cuántos otros han tomado las armas por ambición, egoísmo y sed de pillage? Sin embargo, aunque hayan marchado en las mismas filas, aunque sus caballos se hayan adelantado al son de las mismas trompetas, se honra la memoria de los primeros, sean realistas ó patriotas, al paso que la de aquellos seres, movidos únicamente por el impulso bajo y sórdido, se olvidó ó se detesta. Lo repito,

huya vm. demi padre, salga de esta isla que será bien pronto el teatro de raros incidentes, y en tanto que se mantenga vm. en ella, desconfie de todos, aun de aquellos de quienes ni aun remotamente pueda sospechar. No se fie vm. ni en las piedras de Holm-Peel, porque bien pronto tomarian alas para ir á publicar muy lejos su secreto.

Detúvose Adelaida entonces y dió un grito medio amortiguado por el asombro, porque saliendo su padre de pronto de unas malezas que le ocultaban se presentó á su vista.

No pueden olvidar nuestros lectores ser esta la segunda vez que de repente se presenta el mayor Bridgenorth cuando menos se le espera, interrumpiendo la conversacion secreta de su hija con Julian; pero ahora manifestaba su semblante el enojo unido con la gravedad. Parecia un espiritu que reprende á quien se aparece, por haber despreciado la condicion por él impuesta cuando se dejó ver la vez primera. Sin embargo no produjo en él la cólera efecto alguno visible, no siendo una severidad fria en sus modales y acciones.

— Muchas gracias, Adelaida, dijo á su hija, por el trabajo que te has tomado en contrarrestar los proyectos que tenia yo formados en favor de este joven y de tí misma; te doy las gracias, porque ya he oido bastante para convencerme de que, sin mi repentina salida, hubieras llevado la confianza hasta poner mi vida y la de mis amigos á la merced de un joven que, cuando tiene ante sí la causa de su Dios y de su país, no tiene tiempo de pensar en ella, por tan ocupado en contemplar el rostro de una muchacha.

Adelaida, pálida como la muerte, se quedó inmóvil, fijos los ojos en tierra, sin probar á responder una sola palabra, oyendo la reprimenda de su padre.

— Y vm., caballero, continuó el mayor dirigiéndose á Julian Peveril, ha premiado bien la confianza que le dispensé con tan poca reserva. Tengo tambien razon de agradecerle por haberme dado una leccion que me pueda enseñar á estar satisfecho con la sangre plebeya derramada en mis venas por la natu-